

Notas y Comentarios

INTERESES TRADICIONALES Y NUEVOS NEGOCIOS Los cambios en la Sociedad Rural Argentina en el actual contexto liberal-democrático *

MARIO LATTUADA **

Durante la década del ochenta, la Sociedad Rural Argentina (SRA) inauguró un estilo de acción corporativa que la diferenciaba tanto de las restantes entidades representativas del sector como de su propio comportamiento de las décadas previas.(1)

Los principales rasgos que definían la nueva estrategia institucional han sido profundizados en los últimos años combinando tácticas tradicionales aggiornadas con instrumentos totalmente novedosos.

Entre ellos merecen destacarse: el intento de ampliar su representación gremial geográfica y socioeconómica con la creación de delegaciones zonales y el establecimiento de cuotas societarias diferenciales, la mayor presencia y contacto directo de su dirigencia con los productores en las localidades del interior, el despliegue internacional de su accionar para la promoción de sus intereses -GATT, FMI, gobiernos de EEUU y de la CEE-, la asignación de un carácter explícitamente político a la actividad del presidente de la entidad y la formación de dirigentes para actuar en consecuencia, alianzas políticas con intereses históricamente antagónicos -con la CGT en el Grupo de los Once-, una estructura técnico-profesional de intensa actividad en la generación y promoción de propuestas de políticas públicas -Informe 84, Informe Okita-.

A ellos deben agregarse otros instrumentos menos novedosos pero que han sido potenciados en la nueva estrategia, como la creciente utilización de los medios de información pública, y el desempeño de un rol central en los nucleamientos empresarios multisectoriales tradicionales -Grupo de los 8-(2)

Estos cambios en la SRA lejos de responder a una decisión consensuada de quienes integran su "grupo de control", es producto de una línea interna que controla su dirección

* El origen, y en buena medida el contenido, de la temática que abordan estas notas son producto de las conversaciones mantenidas con Miguel Murmis, cuyas opiniones y análisis siempre han enriquecido generosamente a quienes hemos compartido un espacio de trabajo común.

** CONICET/FLACSO/UNR

desde 1984, liderada por G. Alchourón y E. de Zavalía.

El proyecto que sus conductores han hecho explícito consiste en preparar una Rural para el nuevo tiempo democrático, el que se evalúa como de largo plazo. Para ello la institución debe consolidar su presencia gremial en las bases y expandir su representación, a la vez que ser receptiva a las diversas alianzas tácticas extrasector. Esto le posibilitaría recuperar un rol político y una trascendencia que históricamente disminuyó bajo este tipo de régimen político de gobierno.(3)

Los objetivos planteados adquieren su real dimensión si consideramos que en el funcionamiento de largo plazo de un sistema democrático el capital económico y social representado constituyen una importante cuota de poder, aun aceptando la eventualidad de un gobierno -como el actual- en el que la influencia de "notables" continúa siendo más fuerte que los mecanismos de agregación, negociación y compromiso de intereses sectoriales y políticos.

La racionalidad del proyecto ruralista surge con toda su fuerza al articularse con los procesos de ajuste económico y reestructuración que se están llevando a cabo en toda América Latina, en los que esperan desempeñar un papel protagónico. Procesos generados por políticas públicas coincidentes con ideas muchas veces planteadas por la institución: a favor de la limitación del papel del Estado, del librecambio, y de un desarrollo económico basado en las exportaciones con ventajas naturales, entre las cuales el agro constituye uno de sus ejes centrales.(4)

En este sentido, la Rural necesita ampliar el espectro de su base de sustentación. Atribuirse la representación de "el campo argentino" con unos pocos grandes propietarios rurales, con intereses económicos tanto o más importantes en otros sectores que en el campo, no es suficiente. En particular, si se tiene en cuenta la compleja red corporativa de la sociedad argentina, en la que los grandes productores de cereal ya crearon su asociación (APROGRAN) y quienes constituyen la cúspide del capital multisectorial -los Capitanes de la Industria- no requieren de mediadores con el poder político.(5)

La relevancia de las transformaciones en proceso han comenzado a repercutir hondamente sobre los diferentes niveles que hacen a su organización y práctica institucional, y desencadenan tensiones y conflictos internos y externos, algunos de los cuales ya han tenido manifestaciones puntuales.

Por una parte, la consolidación de los cambios iniciados requiere la instrumentación de mecanismos institucionales que permitan compatibilizar la mayor heterogeneidad de intereses incorporados. En este último nivel, la entidad tenderá a afianzar una organización y funcionamiento más acorde a las corporaciones empresarias modernas, restringiendo la incidencia de prácticas tradicionales características de grupos de interés homogéneos y acotados.

Un ejemplo en este sentido ha sido el último proceso eleccionario que tuvo todos los ingredientes de una competencia electoral -presentación de dos listas, solicitadas, denuncias de fraude ante la justicia-, y que no contó con la tradicional "bendición" del Comité Rural, organismo encargado de velar por la continuidad de principios y conductas, y acordar los

integrantes de la lista "única" para renovar la conducción de la entidad.(6)

Por otra parte, la competencia con entidades rurales afines -como las Confederaciones Rurales Argentinas- por un mismo segmento de asociados, crea tensiones que debilitan sus habituales alianzas realizadas en el plano político gremial. La manifestación más clara en este sentido han sido las posiciones encontradas ante las modificaciones del Impuesto Inmobiliario en la Provincia de Buenos Aires y la puja distributiva por los aportes de los productores. Diferencias que se ahondarán con la creación de delegaciones de la SRA en sociedades rurales del interior, ámbito hasta ahora reservado a CRA.(7) Ya se ha visto también cómo las prácticas de confrontación conjuntas contra el Estado han sido quebradas durante el último paro agropecuario, realizado los primeros días de noviembre de 1992 con la participación de CRA junto a FAA y CONINAGRO, mientras la SRA hizo pública su oposición a la medida de fuerza y reafirmó su respaldo a la política del gobierno menemista.(8)

Este cambio de estilo podría, además, encubrir otras problemáticas no menos importantes. Los miembros de la Rural opuestos a su actual conducción y el presidente de CRA han llamado la atención de la opinión pública aludiendo a los intereses personales que moviliza esta nueva estrategia.(9) En el centro de la escena se encuentra aquello que Schmitter denomina "renta política",⁽¹⁰⁾ noción que se aplica a la apropiación por los dirigentes de las asociaciones de los beneficios del grupo o bajo la forma de promoción pública de intereses personales no necesariamente compartidos por sus representados.

Esta cuestión surgió con fuerza en los primeros meses de 1991, cuando la alianza de los actuales conductores de la SRA con el gobierno de C. Menem⁽¹¹⁾ y la inoperancia demostrada por los mecanismos institucionales tradicionales de la entidad para controlar la elección y el accionar de sus conducciones, cerraron su circuito de sentido con la difusión pública de los negocios económicos que involucraban a sus máximos referentes con el Estado.

La segunda empresa en importancia que integraba el único grupo interesado en la privatización del ramal ferroviario General Urquiza -SECT, 31,25% de participación- tenía como socios principales a los dirigentes del proyecto modernizador de la Rural -G. Alchourón y E. de Zavalía-. La sociedad de referencia había declarado como objetivo de su actividad: la presentación de interesados en este tipo de licitaciones.⁽¹²⁾ Este bien podría interpretarse como el ejercicio de una función de lobby en los ámbitos del poder político donde se definen las privatizaciones del Estado, obviamente, aprovechando la experiencia y los contactos personales de sus miembros, producto de la actividad político-gremial desarrollada, del respaldo incondicional a la política de gobierno, y de la diversidad de sus intereses económicos.

En síntesis, el complejo proceso de cambios que se viene desarrollando en la SRA durante la última década responde al entramado de, por lo menos, tres niveles de cuestiones: a) una evolución institucional para adaptarse a un sistema democrático que se evalúa de largo plazo, y en el que deberán competir por los favores del poder político en base a otras reglas de juego con los restantes participantes de la red corporativa; b) la articulación de sus

objetivos históricos con un modelo de país que le reserva un lugar central a los intereses de mayor concentración económica y más “naturalmente dotados” a la comercialización internacional; y c) el proyecto personal de un reducido grupo de hombres, cuya táctica consistiría en fortalecer el poder corporativo de la entidad para consolidarse como élite dirigente y, paralelamente, desde esa posición, hacer buenos negocios.

NOTAS

(1) Sobre el particular habíamos llamado la atención en nuestro trabajo sobre *La estrategia de las corporaciones agropecuarias sobre el Estado (con especial referencia al Congreso Nacional)*, CISEA, Buenos Aires, 1989.

(2) Las fuentes documentales sobre los hechos mencionados para la década del ochenta, en su casi totalidad de origen periodístico, pueden encontrarse en el trabajo citado en la nota anterior, y las correspondientes a los hechos más recientes en: *Clarín*, 17/08/90, 04/05/91, 19/06/91, 24/07/91; *La Nación*, 28/05/90, 14/07/90, 13/10/90, 20/10/90, 27/10/90.

(3) Véase el reportaje de E. de Zavalía en *La Nación*, 22/09/91.

(4) Una revisión de las posiciones tradicionales de la SRA puede realizarse en el trabajo de M. de Palomino, *Tradicón y poder: La Sociedad Rural Argentina (1955-1983)*, CISEA-GEL, Buenos Aires, 1988, en especial págs. 91 a 169.

(5) Para profundizar sobre estas asociaciones puede recurrirse, en el caso de APROGRAN, al trabajo de J. Nun y M. Latuada, *El gobierno de Alfonsín y las corporaciones agrarias*, Manantial, Buenos Aires, 1991, págs. 71-72, y respecto de los “capitanes” a P. Ostiguy, *Los capitanes de la Industria*, Legasa, Buenos Aires, 1989.

(6) En pocas oportunidades se presentaron a los asociados de la centenaria entidad la necesidad de optar por más de una lista de candidatos. En la casi totalidad de los casos anteriores, sobran los dedos de una mano para enumerarlos, estuvieron contextualizados en años en que el peronismo tenía el camino abierto hacia el control del Estado (1945 y 1972), y las diferencias internas se cristalizaron a partir de los posicionamientos respecto del poder político. Pero los antecedentes no registran una puja institucionalizada como la última elección, sin factores externos que actúen como catalizadores de las diferencias internas. Los pormenores de la elección ruralista fueron desarrollados por diversos medios de prensa: *Clarín*, 29/09/90 y 10/12/90; *La Nación*, 22/09/90, *Página 12*, 05/08/90, *El Cronista Comercial*, 26/09/90, y *La Prensa*, 21/09/90.

(7) Consultar *Clarín*, 23/06/90, 13/04/91, 24/07/91, y *Boletín de la Sociedad Rural Argentina*, segunda quincena de abril de 1991, págs. 4-8.

(8) Véase *Página 12*, 01/11/92 y 03/11/92.

(9) Son elocuentes en este sentido las declaraciones de A. Navarro, presidente de CRA, en *Clarín*, 03/02/91; y del Comité Unión Rural en *La Prensa*, 02/06/90.

(10) SCHMITTIER, P., “Teoría de la democracia y práctica neocorporativa”, en *Stato e mercato*, N° 9, diciembre, 1983 (trad. de M. Goretti).

(11) El respaldo incondicional a cuanta medida de trascendencia fuera adoptada por el gobierno -indulto, flexibilización laboral, privatizaciones, generalización del IVA, y sucesivos programas de ajuste económico- ha llegado a tal punto que el actual presidente de la SRA, E. de Zavalía, se ha definido como “menemista”, (*Clarín*, 08/06/90). Para una constatación de los sucesivos apoyos ruralistas, véase *Clarín*, 14/08/89, 24/08/89, 09/02/90, 05/07/90; *Página 12*, 03/08/90 y *El Cronista Comercial*, 14/03/90.

(12) Las características de este proceso, que tomó estado público a partir del rechazo de la propuesta realizada al evaluarse como insuficiente la estructura financiera e inexistente la inversión de capital de riesgo, pueden consultarse en *Página 12*, 28/04/91 y *El Cronista Comercial*, 21/04/91.

Notas bibliográficas

***Historia ideológica y poder social*, Hugo Biagini,
CEAL, Biblioteca Política Argentina, Buenos Aires, 1992.**

Política, liberalismo, educación argentina e historiografía conforman algunos de los grandes temas que arman este heteróclito libro de Hugo Biagini. El autor, proveniente de la filosofía, también ha venido incursionando desde hace varios años en otras disciplinas. Con sólo enunciar los títulos de su abundante producción se pone de manifiesto la continuidad que tiene este nuevo trabajo con los anteriores. Variedad temática, grandes panoramas y la intención permanente por cubrir huecos de nuestra historia de las ideas argentinas y americanas son algunas de las líneas que definen su trayectoria. En *Cómo fue la generación del ochenta* (1980), Biagini matiza con argumentos muy sugestivos la imagen que se había creado de dicha generación, como un grupo homogéneo siempre partidario de una postura anti-indigenista. *La Revista de Filosofía. Cultura, Ciencias y Educación 1915-1929* (1984), constituye un estudio con un índice muy completo sobre la conocida publicación de José Ingenieros. Analiza el primer congreso pedagógico americano en *Educación y Progreso* (1983). Posteriormente publica distintas aproximaciones a la historia de las ideas: *Panorama filosófico argentino* (1985), su conocida compilación sobre *El movimiento positivista* (1985) y una edición colectiva que cuenta con autores españoles y argentinos: *Orígenes de la democracia argentina. El trasfondo krausista* (1989). Su penúltimo libro recoge un conjunto de ensayos en torno de la *Filosofía americana e identidad* (1989). Puntualicemos entonces que *Historia ideológica y poder social* no sólo se asocia perfectamente a la trayectoria de Biagini sino que en cierta medida es el libro donde se sintetiza aun más la pluralidad temática del autor.

Dicha heterogeneidad nos impide hallar un hilo conductor que vaya uniendo todas sus partes. Nuestra propuesta consiste en leer estos tres pequeños volúmenes siguiendo las características del autor. Ante todo, Biagini es un intelectual polémico y no resulta difícil visualizar esto a lo largo de su producción, marcada por atacar imágenes consagradas en nuestra historiografía y enfrentarse con sus pares a través del género ensayístico. También agregaría que Biagini es un intelectual comprometido y crítico. Esto puede percibirse claramente en la autoimagen trazada por el propio autor: "...cómo puede legitimarse la pretensión de tomar una distancia analítica similar a la asumida por el paleontólogo ante un resto fósil; hasta qué punto cabe aplicar a pie juntillas, en el menester interpretativo, la siguiente regla áurea: ni jueces, ni fiscales, ni auxiliares del emperador, ni denunciantes de sus falencias. Nos inscribimos pues en esos lineamientos crítico-prácticos que se rehusan a centrar el estudio de la historia en un pasado estanco y minimizando la posibilidad de representar a aquélla como una casa sin ventanas que se cierra monadológicamente al futuro".

El libro se divide en cinco partes: "Gubernatio Mundi", trata las vinculaciones entre intelectuales y tecnócratas frente al quehacer político. La segunda parte contiene trabajos en torno de la tradición liberal y sus posiciones; mientras que en la tercera se reúnen diversos ensayos bajo el título del "Pensamiento en situación". "Educación argentina" y "Problemas historiográficos" completan el último tramo de estos volúmenes.

Desde el primer capítulo, "Revalorización del quehacer político", Biagini condensa las principales ideas de casi todo el libro. Después de pasar revista sobre varios pensadores que renegaron de la política -entre ellos Tocqueville- Biagini centra sus críticas en Ortega y Gasset, precisamente porque el escritor español se empeña en hacer una divisoria de aguas entre la figura del intelectual y la del político. Posteriormente indaga la figura del político, los partidos y la relación entre el pensador y su realidad circundante.

"Precursores del Estado-Providencia" es un artículo sobre el krausismo. Tema marginado recurrentemente por la historia de las ideas y que Biagini ha abordado en varias oportunidades. Nuestro autor se propone poner de relieve "el desconocimiento que se tiene de los primeros krausistas como un importante antecedente de lo que muchísimo después iba a ser calificado como el Welfare State". Se analiza el concepto de humanidad y la importancia que tuvieron los Derechos del Hombre en el ideario krausista. Después puntualiza algunas diferencias entre el krausismo y el liberalismo. El primero pide la intervención del Estado sin ser estatista, se opone a las grandes acumulaciones de riqueza y promueve una federación con todas las naciones, lo cual en la versión de Krause tenía entre sus metas el sueño de un "Estado europeo" y de un "Estado americano". Biagini sostiene que existen algunas limitaciones en el ideario krausista, por ejemplo, que si bien "intenta colocar a la propiedad privada en una órbita más social, no deja por ello de sacralizarla al considerarla como un derecho natural suprahistórico". También Biagini trata de matizar el paradigma democrático krausista, puesto que en su ideario circulaba "la adhesión al sufragio calificado", "el menosprecio hacia los partidos políticos" o "el recusamiento a las multitudes".

"La mentalidad tecnocrática" es un ensayo que dibuja ciertas ensoñaciones de poder y manipulaciones tecnocráticas, especialmente en los años posteriores a la crisis de 1930. Cuando Biagini dice mentalidad tecnocrática alude a lo siguiente: "se trata de un espíritu organizativo, inclinado hacia el mando y que se guía por el criterio de eficiencia, en pugna con las corrientes políticas doctrinales". Biagini reconstruye la historia de algunos modelos tecnocráticos a través de varios ejemplos. Comienza con uno de sus precursores, Saint Simon, después alude a Taylor y a otros como Elton Mayo, Adolf Berle y Gardiner Means, recorriendo el siglo XIX y parte del XX. Lo más atractivo de este ensayo es cuando Biagini describe ciertas fantasías: "El gran adelanto tecnológico llevaría las cosas más lejos todavía: a la propia desaparición del capitalismo en los Estados Unidos, porque allí los medios de producción no estarán más dominados por propietarios sino a cargo de expertos directivos. Se estima que los primeros en enunciar dicha tesis fueron Adolf Berle y Gardiner Means, hacia 1932". Por esos años "aparece una filosofía profesionalizada y se ataca a la política como 'realidad subjetiva' que refleja el fanatismo de las masas. Mientras el comunismo, el

fascismo y las demás ideologías son incapaces de manejar la tecnología avanzada, ello puede obtenerse con las ciencias naturales. En consecuencia, hay que reemplazar la élite comercial y política por una élite técnica, con la cual se alcanzará el control científico de la evolución social”.

“El conglomerado liberal” encabeza la segunda parte del libro. Biagini estudia en varios ensayos el liberalismo lockeano y las diferentes versiones doctrinales que se han ido construyendo en el tiempo. Simultáneamente indaga esa relación difícil y conflictiva entre liberalismo y democracia. Sobre este problema Biagini afirma entre otras cuestiones que “la propia restricción de Locke del sufragio universal no sería un indicio antiliberal, sino que por el contrario, se integraría todavía más dentro del liberalismo, el cual se ha opuesto al voto general durante la mayor parte de la historia”.

La filosofía latinoamericana representa otra temática recurrente en los trabajos de Biagini. En tal propósito se traza un cuadro sobre la historia de la filosofía americana. Según Biagini hasta la década de 1940 no se populariza el tema sobre la existencia de una filosofía continental. Al pasar revista a varios autores como el peruano Francisco García Calderón, el venezolano Alberto Zérega, y el argentino Alejandro Korn, es este último el que indica más claramente en el título de un libro la inexistencia de una filosofía propia del continente señalando que sólo pueden indagarse “las influencias filosóficas en la evolución nacional”. Las cosas van a cambiar sobre todo cuando se crea la cátedra Alejandro Korn en el Colegio Libre de Estudios Superiores, a fines de 1940. Desde allí Francisco Romero planteará entre sus objetivos, “el trabajo filosófico en cuanto tarea científica o teórica, el propósito social de difundir la filosofía y la intención nacional y americanista”. Pero Biagini critica a F. Romero -apoyándose en Arturo Andrés Roig- por levantar un enorme muro para separar la filosofía de la realidad. Recién en los años ’70, precisamente con Arturo Roig, para Biagini se definen los lineamientos más firmes de la filosofía americana conectándose sensiblemente con la realidad del nuevo mundo.

La reacción antipositivista se presenta como otro tema descuidado por nuestra historiografía y que Biagini estudia en “Cultura clásica y antipositivismo”. Dicha investigación atiende la vinculación entre el ideario heterogéneo que se opuso a la visión positivista, y ciertos acontecimientos políticos, económicos y culturales que favorecieron a la caída de ciertas premisas del positivismo. En este sentido también aquí Biagini pone reparo sobre todo a los análisis que identificaron al movimiento de la reforma universitaria de 1918 como un homogéneo ideario antipositivista, “pues hubo importantes partidarios de este movimiento que no estuvieron encuadrados dentro de esa reacción y se hallaron más próximos a la tendencia cuestionada, como es el caso ejemplar de José Ingenieros”.

Bajo el título “Desde la conquista hasta la emancipación” se trata de reconstruir la historia de la educación en el Río de la Plata. A Biagini le interesa indagar cómo circulaba el saber, quién lo poseía y cómo fue ampliándose la recepción del mismo con la llegada del iluminismo. Pero también se ocupa de las metodologías pedagógicas centrado sobre todo en las consecuencias represivas del poder. Así nos cuenta, entre otros ejemplos que brinda, que hacia fines del siglo XVII, “en Catamarca, según Don Manuel Soria, consta en los libros

capitulares que fue azotado en la plaza pública el mulato Ambrosio Millicay, por haberse descubierto que sabía leer y escribir”.

Cuando al final del libro Biagini incursione en “Problemas historiográficos” otra vez se hace evidente su actitud polémica. Por un lado cuestiona la afirmación que Angel Castellan hace en *Tiempo e Historiografía* (1980): “desde hace cincuenta años la historiografía argentina no avanzó un paso”. Si bien comparto la refutación de Biagini, creo que sus argumentos se debilitan al quedar ausentes en su enumeración producciones muy significativas de la historiografía rioplatense; si bien el autor aclara que dicho trabajo forma parte de otro estudio, en colaboración, de mucho mayor aliento. Por otra parte, Biagini critica muy duramente el ensayo de Tulio Halperín Donghi “Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)”. En este caso también debo expresar mis dudas, pues las líneas argumentales no son del todo satisfactorias. Pero quisiera puntualizar que es saludable observar una posición crítica frente a un historiador consagrado -en mi opinión uno de los mejores de Argentina- como es el caso de Halperín Donghi.

Por último, en el suplemento documental, Biagini inserta “una pieza recuperada: el manifiesto ‘Abajo la Bastilla’, que circuló en el centenario de la revolución francesa en Buenos Aires”. La tarea de Biagini resulta valiosa pues dicho panfleto constituía hasta el presente una suerte de eslabón perdido en la historia del movimiento socialista argentino.

Historia ideológica y poder social continúa ciertas líneas de los trabajos anteriores de Biagini, se indagan aspectos descuidados como el krausismo o la reacción antipositivista, se recupera después de una ardua pesquisa una pieza olvidada como ‘Abajo la Bastilla’ y se pone al descubierto ensoñaciones del poder con el objeto de denunciar los peligros de la mentalidad tecnocrática. Finalmente puntualizaría mis reservas sobre ese optimismo puesto en la relación entre el investigador y la política. Estoy pensando en aquellos trabajos (de la historiografía argentina) que alimentados desde esa segunda actitud han construido historias muy endeble y deformadas al tratar de hilar la narración histórica con el contenido de sus proyectos e ideales.

La apelación que hace Biagini a las Abuelas de Plaza de Mayo en la introducción se conecta también con esa actitud comprometida que ha tenido el autor en todo el libro. Creo que la apelación es feliz. Porque así como en los años '80 Néstor Perlongher escribió el poema *Cadáveres*, donde en todos los lugares que uno ponía los ojos se encontraba con ellos; en los años '90, sumergidos en este bajón existencial del planeta no es poco al menos encontrar huellas, esa apelación de Biagini, esos blancos pañuelos; las huellas de los seres que viven sin aparecer...

Alejandro Herrero

La historiografía argentina en el siglo XX (I),
Fernando Devoto (comp.), CEAL, Buenos Aires, 1993.

En 1925, en su *Historia de la Historiografía Argentina*, Rómulo Carbia reseñaba lo que a su entender había sido el nacimiento y posterior consolidación de una Nueva Escuela Histórica, que encontraba sus orígenes en 1905 con la creación de la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. La elección por parte de Carbia de una perspectiva autolegitimadora del propio grupo lo llevaría a trazar una genealogía, que en el siglo XIX encontraba un referente en la labor de compilación de documentos que Pedro de Angelis realizara para una futura historia del Río de la Plata, y que culminaba con la obra de Ernesto Quesada y Paul Groussac.

A partir de 1930, en tanto se disolvían las posiciones más renovadoras de esta generación de historiadores y se afianzaban sus vínculos con el poder político, surgían otras posiciones que a lo largo de la década se expresarán a través de diversos canales, para agruparse en 1939 con la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas "Juan Manuel de Rosas" en la corriente del revisionismo histórico.

Este libro -dedicado a la historiografía argentina del siglo XX- pone su atención sobre el arco de la producción historiográfica aquí rápidamente descripto, ocupando un espacio descuidado por la investigación histórica: el que refiere a la propia labor de los historiadores. Se propone en esta publicación un recorrido crítico sobre las interpretaciones que la historiografía de ese período suscitó, inclinándose, en algunos casos, sobre la necesidad de señalar matices, y en otros, a reformular esas interpretaciones canónicas.

El "Estudio Preliminar" que Fernando Devoto dedica al volumen, además de ofrecer una mirada atenta sobre los artículos que lo componen y convertirse en un hilo articulador de los diversos temas que allí se tratan, examina algunos de los nudos problemáticos que la producción historiográfica presenta, atendiendo al clima social y cultural que la enmarca en cada momento histórico.

En este sentido señala, en relación a la Nueva Escuela Histórica, que el papel reservado a la historia por parte de algunos sectores de la élite política e intelectual en la construcción de una identidad nacional, es un elemento central para comprender el carácter que ella asumirá al calor del Centenario; así como la dimensión profesional y metodológica que asignaban a su labor es la clave, tanto en la selección por parte del grupo de los modelos y tradiciones historiográficas a los cuales adherir, como del proceso que vincula el nacimiento del grupo a la profesionalización de la disciplina. Para concluir que "...es quizás más lícito observar que la nueva escuela histórica, más que la primera generación de profesionales, fue la que creó la historiografía profesional en la Argentina, en cuyos confortables espacios se instaló".

El mismo espíritu de vincular toda interpretación del pasado a un contexto histórico preciso se encuentra, desde el propio título, en el artículo que Eduardo Zimmermann le dedica a la obra de Ernesto Quesada.

En "La época de Rosas y el reformismo intelectual del cambio de siglo", a partir de la obra de Quesada publicada en 1898, se plantea el vínculo entre el clima político e intelectual de comienzos del siglo XX -signado por un debate en torno al rol del Estado, la democracia política, el federalismo y la cuestión social- y la revalorización de un Rosas que, sometido a los rigores de su tiempo, habría contribuido a la cristalización de los principios democráticos y federales, cuyo origen encontraba, como Bartolomé Mitre, en la etapa colonial; al mismo tiempo que desarrollaba una acción integradora de la sociedad. Función de cohesión social que la enseñanza de la historia parecía ahora destinada a llevar a cabo, frente a una sociedad que se veía en riesgo de disolución. Zimmermann encuentra en Quesada un promotor de esta posición, donde la historia debería cumplir un papel semejante al que ejercía en la educación alemana. Una Alemania que conciliaba su vigor intelectual con un modelo de sociedad integrada y nación poderosa. Imagen en la que habría que rastrear su adhesión a la Escuela Histórica Alemana en el clima de la reacción antipositivista, como una tardía asimilación de la experiencia bismarkiana.

El trabajo de Pablo Buchbinder, "Emilio Ravignani: la historia, la nación y las provincias" (permitiéndoseme modificar el orden en que los artículos aparecen en el volumen), representa un esfuerzo análogo al de Zimmermann, al ubicar la obra de Ravignani, especialmente *El pacto de la Confederación Argentina* (1922) y *La Historia Constitucional Argentina* (1927), en el marco del debate sobre el federalismo y el sistema político argentino; en una tradición académica que, poniendo el eje en la relación entre nación y provincia apuntaba, como en el caso de E. Quesada, al fortalecimiento del régimen federal.

Si la pregunta clave en el marco de dicho debate era acerca del origen de las instituciones que regían el país, Ravignani (que con este objetivo realizó una tarea sistemática de recopilación de documentos referidos a los caudillos y constituciones provinciales) ofrecía una nueva interpretación de la historia argentina al incorporar provincias y caudillos al proceso de construcción de la nación. De esta manera, el artículo de Buchbinder aporta una imagen que contrasta con aquella que afirmaba la insubstancialidad de la obra de los nuevos historiadores, para señalar en el caso de E. Ravignani una total relevancia de la investigación histórica con la dimensión política que adquiriría un tema como el del federalismo, en un presente signado por el avance continuo del gobierno nacional por sobre los poderes provinciales.

El propio Ravignani, junto a Ricardo Levene, Rómulo Carbia, Diego Luis Molinari y Luis María Torre, habían sido consignados por Juan Agustín García como los jóvenes representantes de una nueva escuela histórica en Argentina. Pero tras esa homogeneidad aparente se escondían conflictos que daban cuenta de una disputa, no sólo al interior del grupo, sino que se extendía a toda la corporación de historiadores. Aun a aquellos que nucleados en la Junta de Historia y Numismática Americana (fundada en 1893 como Junta de Numismática a instancias de Bartolomé Mitre) cerrarían la historia de esta disputa con su hegemonía, reflejada en su transformación en Academia Nacional de la Historia en 1938, y con la edición en 1934 de una postergada síntesis de la historia argentina. El prólogo,

firmado por el presidente Agustín P. Justo, le otorgaba a esta experiencia un carácter oficial, sellando provisoriamente el ansiado vínculo entre historia y nación.

Desde la perspectiva del análisis institucional, Nora Pagano y Miguel Galante en “La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional del Centenario a la década del 40” realizan una documentada investigación sobre las estrategias institucionales tendientes al control del mercado historiográfico, desarrolladas por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras y por la Junta de Historia y Numismática Americana, cuyas figuras más importantes serán E. Ravignani y R. Levene respectivamente. Para ello van a tener en cuenta tres aspectos: conexiones interpersonales y/o interinstitucionales con el exterior e interior del país, desarrollo de actividades académicas, relación con los poderes públicos.

A pesar del riesgo que corre todo análisis institucional de reducir las distintas variables de la labor historiográfica a disputas internas a la corporación, este artículo tiene la virtud de poner en evidencia los condicionamientos que el contexto de inserción de cada institución imprimen a su desarrollo. Frente a una institución cuyo campo de inserción era la estructura universitaria, se encontraba otra cuyo carácter de académica le habría permitido consolidar su hegemonía a través de una estructura cristalizada por el carácter vitalicio de sus miembros, y en mejores condiciones para mantener relaciones estatales con el poder político.

Coherente con ese rumbo, R. Levene, en una conferencia llevada a cabo en el Museo Mitre en 1945, señalaba que “...existe una sola escuela tradicional de historiadores, de comunes ideales políticos y cívicos”, no ocultando la intención de trazar una frontera con respecto a un movimiento intelectual que los había elegido como objeto de su combate contra la “falsificación” de la historia argentina.

El artículo de Alejandro Cattaruzza que cierra el volumen, “Algunas reflexiones sobre el revisionismo histórico”, se interna en el análisis crítico de las diversas interpretaciones que suscitó este movimiento historiográfico, a partir de preguntas referidas a sus orígenes, al significado del término que los identifica, a la heterogeneidad de sus miembros; y a la posibilidad de trazar comparaciones con otras experiencias americanas, a juicio del autor, semejantes sólo en apariencia.

Un aspecto que ha llamado la atención a aquellos que han tratado el tema del revisionismo es la fuerte expansión de sus lecturas del pasado en las décadas del 60 y 70. Cattaruzza, desde una perspectiva que integra la dimensión política y cultural de ese momento histórico, relaciona este fenómeno con el crecimiento del mercado lector y editorial, por un lado; y con el proceso de recomposición que sobre el campo político e intelectual genera la caída y posterior proscripción del peronismo, por el otro.

En este contexto se habrían puesto en funcionamiento, tanto desde el peronismo como desde el revisionismo, una serie de mecanismos que contribuirían a operar una síntesis entre el movimiento historiográfico y el movimiento político. Por este camino logrará el peronismo “enlazarse con la historia de la nación desde su momento fundacional...”, alcanzando a su vez el revisionismo una “legitimación social” que antes había buscado por

la vía académica.

Se ha señalado en más de una ocasión que los historiadores no reflexionan sobre su propia labor de la misma manera que lo hacen frente a otros objetos de estudio. Si bien esta debilidad es cierta -aunque no exclusiva de la Argentina- sería excesivo extender en demasía esa acusación. Existen prestigiosos ejemplos en los últimos años de análisis que, desde distintas perspectivas, se proponen reconstruir las condiciones de emergencia de una determinada interpretación del pasado. Los artículos aquí reseñados se internan con auspiciosos resultados en este rumbo, afirmando, no sólo la dimensión política, social y cultural de la tarea historiográfica, sino también pensándola como una práctica hacia el interior de una sociedad de la que forma parte.

Alejandro C. Eujanian

Más allá del océano. Un proyecto de identidad: los inmigrantes italianos en la Argentina, Vanni Blengino, CEAL, Buenos Aires, 1990.

Las perspectivas con las que uno comienza la lectura del libro de Vanni Blengino parecerían ir paulatinamente cambiando su contenido por otro nuevo. Sucede esto porque el título aparece mal escogido y uno no se encuentra, como debiera esperarse con un análisis de la identidad del inmigrante italiano a través del repaso por la literatura de la época, sino que se encuentra con un abanico de temas muy variado que incluye un esbozo de los sentimientos que se pueden haber producido en los italianos que emigraron de su país a fines del siglo pasado y comienzos del presente. Sin embargo, aun este esbozo, es realizado a partir de los testimonios de los pasajeros de primera y segunda de los barcos que unían Italia con el Río de la Plata (nobles, burgueses, funcionarios, escritores, etc.) con lo cual el inmigrante es presentado siempre en una actitud pasiva hacia la búsqueda de una nueva identidad que compagina la ruptura con su pasado italiano, por un lado, con su presente argentino, por el otro.

El libro de Blengino, o más bien, la serie de artículos que lo componen fue realizado dentro del marco de las investigaciones sobre el fenómeno migratorio en la Argentina, dirigidas por José Luis Romero, Tulio Halperín Donghi y Gino Germani en la Universidad

de Buenos Aires. A estos artículos se les sumó una investigación sobre el teatro popular argentino realizada en 1972 (siete años después de emprender el proyecto original) y una autoentrevista escrita en 1980.

Más allá del océano comienza con el inmigrante “teorizado”, es decir, cómo ve la oligarquía argentina, la élite política e intelectual, el fenómeno de la inmigración y su promoción. Con respecto a ello, Blengino enfoca acertadamente un tema ligado íntimamente: la transformación socioeconómica del país representada inconfundiblemente en la figura del progreso y en la constatación de que éste sólo es posible con la expansión de la frontera. Aspectos estos últimos que logran un consenso uniforme que no alcanza a reunir la inmigración entre los sectores más conservadores de la élite.

A partir de estos supuestos, Blengino realiza una revisión del pensamiento inmigratorio de la élite desde la llamada “generación del '37” a las posiciones de Alberdi y Sarmiento. Es recurrente, al respecto, el tema de las “fronteras” no sólo físicas sino también culturales (Blengino habla de la doble frontera), fronteras que para Sarmiento, se hallan repletas de obstáculos humanos representados por los sectores populares tradicionales. Es imperioso por lo tanto, para Sarmiento (tal como señala Blengino), crear las condiciones necesarias para atraer la inmigración europea. Blengino caracteriza esta inmigración deseada tanto por Sarmiento como por Alberdi: el inmigrante deberá ser europeo, preferentemente anglosajón, de cultura protestante. Como es sabido los teóricos argentinos desprecian a los sectores populares y marginales de la sociedad argentina, sectores que esperan ver desaparecer (por encarnar la sociedad tradicional) diluidos en el aluvión inmigratorio. Sin embargo, el autor de *Más allá del océano* no se encoge frente a determinadas frases de Alberdi y Sarmiento que ensalzan exageradamente al inmigrante anglosajón, nórdico y esboza las diferencias (sobre todo en Sarmiento) de las diferentes etapas de su pensamiento, etapas que muchas veces tendrán que ver más (como señala Halperín Donghi) con los avatares de la política que con una ideología definida y permanente.

El capítulo II “La pampa: una frontera disputada” -título que hace referencia al conflicto gaucho/inmigrante- demuestra claramente los objetivos de la obra de Blengino: aun cuando de forma interesante presenta la lucha interna del inmigrante para recuperar o lograr una nueva identidad, este propósito no supera la etapa del planteo. En cambio, el fenómeno inmigratorio italiano será tratado a la luz de la literatura y la ensayística argentina ya que Blengino buscará más la “...construcción ideológica del inmigrante que la supuesta coincidencia de esta representación con la realidad”.

Es decir, que en el texto está tratada más la identidad asignada por determinados sectores de la sociedad que la identidad asumida y reconocida por el inmigrante. Por eso el intento se vuelve complejo porque más allá de la caricatura generalizada del “papolitano” existen numerosas versiones de la identidad del inmigrante “...son tantos los personajes inmigrantes que transitan en la cultura argentina, cuantas son las versiones del liberalismo y de las ideologías que se le oponen”.

Aun cuando Blengino no habla de invención de identidades sociales, en este caso de invención étnica (un marco teórico para el análisis de grupos sociales que ha tenido fuerza

sobre todo en las últimas décadas con autores como Gellner que habla de la invención de las naciones; Hobsbawm y Ranger que establecen la “invención de la tradición”, o Sollors que postula la invención de la etnicidad) es consciente, sin embargo, que la complejidad cultural y sobre todo la falta de una lengua nacional facilita la construcción por parte de la élite de una determinada identidad, la de los italianos, en la cual se subsumen todas las diferencias regionales que puedan existir, entre ellas la conflictiva relación norte-sur. En este aspecto, aun cuando mantiene formas del tratamiento que se da a la inmigración en la historiografía de los '60 (bipolaridad nativo-inmigrante, el inmigrante como efecto modernizador sobre la sociedad tradicional) supera en cierta forma el análisis de los italianos como un todo. Reconoce las diversidades regionales, es consciente de la diversidad social del inmigrante que impide que sea una clase ni “para sí” ni siquiera “en sí”. Sin embargo, recupera “...el inmenso amor por la patria que distingue a la inmigración italiana”. Aquí aparentemente no diferencia la “retórica patriótica italiana” propia más bien de la inmigración de élite anterior a 1880 y la extiende a todos los italianos sin diferencia alguna o quizás sea un traslado de sus propias vivencias como emigrante cuando (en la década del '50) la nacionalidad italiana está plenamente conformada.

En esta partición que se produce en el espacio interior del inmigrante entre la historia personal vivida en el país de origen y la por vivir en el país de recepción, Blengino descubre la nostalgia hacia lo ya dejado atrás. Ante esto cabe preguntarse si esta nostalgia estaba dirigida a Italia como patria (patria que muchos descubren cuando desembarcan) o más bien a la región o incluso a las relaciones parentales, entre “paesani” que Eduardo Míguez denomina “campanilismo” y en el cual no cabe la invención de la etnicidad.

Quizás no tanto la literatura como el acceso a otros medios como el trabajo con correspondencia establecida entre los inmigrantes, los inmigrantes y sus sociedades de origen hubiera arrojado mayor claridad sobre las tensiones de identidad producidas en el inmigrante. El análisis de la literatura de la época lleva a Blengino a identificar el espacio ocupado en ella por el inmigrante con la aceptación o no de la que es objeto por la sociedad de recepción. Es que el objetivo real de Blengino es demostrar la influencia de la cultura italiana en la Argentina más allá de la carencia de una lengua nacional plenamente conformada.

Como demostración del conflicto que existe en la sociedad rural entre el inmigrante y el gaucho, Blengino se remite al *Martín Fierro* de José Hernández y al *Juan Moreira* de Eduardo Gutiérrez estableciendo, a través de la literatura, la contraposición existente no sólo entre dos grupos (gauchos e inmigrantes) sino sobre todo entre sistemas de valores distintos que se excluyen unos a otros.

Esta relación inmigrante-gaucho analizada por Blengino va a ser posteriormente retomada en la literatura dentro de un marco distinto ya que -como señala David Viñas en *Literatura Argentina y realidad política* o más recientemente Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo en “La Argentina del Centenario. Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos” en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*- se va pasando paulatinamente a la profesionalización de la tarea literaria en la que tiene mucho que ver el crecimiento de las

clases medias. Referido a este nuevo ambiente, Blengino apunta que la experiencia inmigratoria es descripta y narrada por la clase dirigente argentina que incluye no sólo a los miembros de ésta por su origen tradicional o su base económica, sino también a aquellos que pertenecen por su actividad literaria. Como bien lo marca Blengino, la élite letrada (como parte de la hegemonía aristocrática) brinda la legitimación necesaria. Dentro de este nuevo marco son analizadas las obras de Florencio Sánchez y Roberto J. Payró, quienes coinciden desde distintas vertientes ideológicas (y por distintos motivos) en la mirada optimista de la realidad inmigratoria.

En esta Argentina de finales del siglo XIX, Blengino pinta con exactitud la postura de mayor recelo por parte de la élite hacia el fenómeno inmigratorio. Esta actitud de la élite que asiste a diversas consecuencias no previstas y no queridas y ante lo cual asume una postura de defensa de la situación de privilegio es reflejada en las novelas naturalistas de Cambaceres y Argerich, o en *La bolsa* de Julián Martel; la contracara de esta postura es asumida por los también naturalistas Sicardi y Podestá, quienes no pueden ocultar en su obra su origen inmigratorio, de clases medias en ascenso.

En su cuarto y extenso capítulo, Blengino se propone analizar las experiencias vividas por la emigración italiana durante el viaje desde su país de origen al país de recepción, a la vez que captar los conflictos que se producen en las historias personales de cada uno de los emigrantes, las tensiones de identidad en pugna. El problema fundamental ya señalado, es que lo hace desde el testimonio de los viajeros de primera (a través de diarios de viaje, sobre todo la obra de D'Amicis, *Sobre el océano* intenta reflejar las impresiones de éstos y el abismo social marcado por valores contrapuestos entre los viajeros de primera y los de tercera) lo que genera el problema de discriminar si el testimonio recuperado vale porque representa lo vivido por los inmigrantes narrados o vale en tanto que representa el universo de valores de los viajeros, y la proyección de esos valores sobre los inmigrantes.

De entre estos viajeros, Blengino recupera (reconociendo las apetencias colonialistas de éstos) la conciencia de una supuesta falta de una élite dirigente al frente del aluvión inmigrante. En este análisis, el autor de *Más allá del océano* no fija su atención en el fuerte asociacionismo italiano producido (tampoco analiza las relaciones intraétnicas, cadenas migratorias, etc., influencia del tratamiento dado a la inmigración en los '60) que muestra que en el país de recepción se había conformado una élite que intentaba de alguna manera cohesionar al resto de la masa inmigratoria, si bien es cierto que "...el grupo dirigente del mutualismo italiano...no consiguió extender tan firmemente su control al marco de la entera acción de la colectividad".(*)

Con respecto a la influencia del fenómeno inmigratorio sobre la sociedad argentina, Blengino intenta captar la impronta, la riqueza dejada por la inmigración italiana en la cultura argentina. Al respecto, Blengino concluye: la influencia italiana es secundaria porque no afecta la cultura imperante; la influencia lingüística italiana se dirige hacia la conformación del "cocoliche", su importancia en el lunfardo y en el apogeo del teatro popular argentino basado en el sainete y el grotesco.

Pareciera ser que a juicio de Blengino el peso de la cultura italiana no se sintió de

acuerdo a su importancia y al número de sus exponentes, porque no influyó debidamente en la cultura dominante, considerada en última instancia la que marca o no el valor de un aporte a la conformación de un país naciente, un país que Blengino mira con ojos escépticos desde el momento actual.

Martín Omar Castro

(*) DEVOTO, F. y FERNANDEZ, A., "Mutualismo étnico, liderazgo y participación política. Algunas hipótesis de trabajo", en ARMUS, D.,(comp.) *Mundo urbano y cultura popular*, Sudamericana, Buenos Aires, 1990, págs. 144-145.